



CÓMO SER MOZART EN LA ERA TECNOLÓGICA



6 DE ABRIL DE 2021

Inspiré hondo. Miré cómo mis manos temblorosas se acercaban lentamente a él, a aquello que había estudiado durante tantos años, a aquello que había sentido bajo la yema de mis dedos tantos días, tantas noches... Coloqué mis manos. Comencé. Tras años de observarlo, aún me impresionaba la grandeza de aquel instrumento, cómo al tocar cada tecla resonaba con grandiosidad y esplendor en el interior de sus paredes. Y allí estaba yo, sentada al piano, acariciando sus teclas, que generosas, se prestaban ante mis dedos. Estos se movían con suavidad y ligereza interpretando *Para Elisa* de Beethoven. Me encontraba en aquella enorme sala repleta de butacas vacías, encima de un escenario gigante en el que no había nada más, tan solo el piano y yo, movidos por la música, movidos por la misma pasión. Abrí los ojos y vi el resplandor que emitía el instrumento, pues todo su cuerpo era de un negro intenso en el que me podía reflejar. Dudaba que tuviese mota alguna de polvo. Acto seguido gire la vista hacia la derecha, donde se encontraban todos los asientos del público, claro que sin él. Me pregunté cómo sería tocar delante de las personas.

Tiempo hacía ya de aquello. Desde que las tecnologías avanzaron con la venta de teléfonos móviles el porcentaje de asistencia a teatros, óperas o conciertos de música clásica bajó muchísimo en todos los aspectos, pero al llegar las nuevas generaciones de personas que ya habían crecido con este tipo de tecnología fue el desastre, la gente dejó de venir, supongo que ya estábamos un poco pasados de moda. A los pocos que aún les gustaba este tipo de música prefirieron escucharla en su vivienda. Pero estamos en 2049 y eso ocurrió en 2030, por aquel entonces ya podía preverse lo que vendría cuando las personas mayores fallecieran y ya no conservaran esos gustos las próximas generaciones. Ahora la tecnología ha avanzado tanto que ya las personas no interactúan jamás en la realidad, a través de sus mentes pueden estar como si estuvieran dentro del dispositivo, y si miras a la persona en la realidad está en un estado de trance del que no puede salir a menos que quiera. Pero yo me negué a aquello, había pocos que se hubiesen negado a esto, yo decidí quedarme en el viejo teatro, donde solía tocar mi piano al que cuidaba como si fuese la única posesión que tuviese, y pasaba allí la mayoría del tiempo.

Pensaba en todas estas cosas mientras seguía tocando las teclas, formando aquella melodía y pensé que era un tanto tétrico estar tocando sola en una inmensa habitación de grandes dimensiones para la nada. Solía hacer esto frecuentemente y ensayar todos los días para llegar a ser un poco mejor al llegar un nuevo sol. La música me fortalecía mi interior, todo ese enojo y toda esa tristeza por todo lo que había pasado todos esos años atrás los expulsaba expresándolos en el piano, porque él es mi pasado, presente y será mi futuro.

Me desperté de un sueño reparador para un día duro como había sido el anterior. Me vestí, desayuné y fui directa al escenario, donde se encontraba el piano. Hacía cuatro años que me había mudado a las instalaciones del teatro, porque no le veía sentido pasar todo el día allí y tan solo regresar a mi piso para dormir. Al entrar en la sala, note algo peculiar, algo diferente, como si no todo estuviese en su sitio, o algo nuevo hubiese, como si me observaran. No le di importancia al asunto y me puse manos a la obra, coloqué unas cuantas partituras sobre el piano, me senté y justo cuando me disponía a transportar del papel al instrumento la primera nota oí una voz:

- ¿Qué es eso tan grande y negro?

Sobresaltada, me levanté fugaz como el rayo y giré sobre mi eje para mirar al emisor que había dicho tales palabras. Me topé con un niño de unos 11 años que me miraba fijamente a los ojos, mientras yo le devolvía la mirada y quedaba impresionada al comprobar que tenía los ojos de un color rosáceo, casi morado.

- Es un piano -contesté-.

El niño arrugó el ceño, como si no hubiese escuchado jamás ese nombre.

- ¿De dónde vienes? ¿Dónde están tus padres? -dije poniéndome de puntillas para conseguir alcanzar la vista por encima de las últimas butacas-.
- Y ¿qué es un piano? -dijo el niño haciendo caso omiso de lo que le había preguntado-.
- Pues es un instrumento musical, para tocar música. Ven, acércate te tocaré algo.

Le toqué una canción de Mozart con la que quedó impresionado. Era extraño volver a tener compañía cuando hacía más de dos años que no hablaba con nadie, debido a que las personas siempre estaban en sus casas con las nuevas tecnologías. Hizo ademán como de querer tocarlo, así que me retiré del asiento para darle paso.

- ¿Quieres que te enseñe un poco a tocarlo?
- Sí -dijo con ilusión-.
- Está bien pero después debes irte con tus padres, estarán preocupados y seguro que están buscándote -dije sin mucha convicción sobre lo que acababa de afirmar-. También debes saber que, aunque aprendas a tocarlo, no tendrás público más que yo, porque ya nadie quiere oír este tipo de música.
- Eso es por las tecnologías, porque mis padres siempre están en casa mirando cualquier dispositivo, pero a mí no me gustan. Sé que la vida antes no era así, y la verdad es que a mí me hubiese gustado más vivir en la época de mis abuelos.

Como un rayo de luz en la oscuridad, este comentario me dio esperanza, una esperanza que antes no poseía. Esperaba que más personas pensasen por sí mismas igual que este niño y que al fin viniese gente de nuevo, como en los viejos tiempos, al teatro.

Estuve enseñándole todo lo que sabía durante muchos años y llegó a convertirse en un pianista de primera cuando se hizo mayor de edad. Entonces se me ocurrió una gran idea para conseguir que él no tuviese que pasar por lo mismo que yo y que pudiesen escucharle personas a las que les interesase. A través de montones de carteles en la calle y de ponerlo a través de los dispositivos, anunciamos que daríamos un concierto en el teatro. El día que este llegó lo teníamos todo preparado, por si alguien decidía venir, y lo conseguimos. A las ocho en punto aparecieron por la puerta una serie de personas, que, aunque eran muy pocas, eran.

Primero salió él, tocó una magnífica sinfonía con sus duraciones exactas, sus notas precisas y el ritmo adecuado, para que, al acabar, todos aplaudiesen. ¡Increíble! Había olvidado cómo sonaban los aplausos, radiaba felicidad y estaba eufórica e impaciente por salir cuanto antes.

Caminé despacio, regodeándome en aquella sensación. Me senté y comencé a tocar el piano con suma delicadeza pensando cada detalle al

máximo, sintiéndolo dentro de mí y transmitiéndolo a los cientos de butacas que, aunque no en gran medida, estaban llenas. Seguiríamos intentando llenarlas todas, intentando volver al pasado, en el que la tecnología nos ayudaba, no nos controlaba. Seguía tocando y notaba cómo el público estaba ahí prestando atención a mis movimientos, a mis gestos, a mis manos y, por primera vez, sentí que los guiaba por un sendero, uno mágico, lleno de armonía y belleza.

Cuando terminé, me puse en pie y escuché de nuevo aquellos grandiosos aplausos que resonaban en la sala y me sentí tremendamente orgullosa, porque había logrado mi sueño y el de otra persona.

Inspiré hondo.

ÁNGELA PIZARRO MAZAS (2º B)